



Nº 13



TIC TAC

revista
literariaeditada por
francisco
montero
galvache
josé maría
hernández
rubio
pedro
montero
galvache

INDICE:

Nuestra página de honor: Canciones que hace el alma en la íntima unión de Dios: San JUAN DE LA CRUZ.-
Jardín humanado: Joaquín ROMERO MURUBE.-Balada: Gabriela MISTRAL.-Amor...: Eva CERVANTES.-Tú eres paz
en mi espíritu: Sebastián SOUVIRÓN.-Poema: Juan MIGUEL POMAR.-Salmo: a Ti, en tu estado de gracia: Fran-
cisco MONTERO GALVACHE.-Tic-tac: (De mi reloj): Ramón GROSSO.-¡Ser!: A don Eduardo Llorent con todo res-
peto y cariño: J. INFANTES FLORIDO.-Ritornelo: Jorge VILLARIN.-Hagamos una España...: Miguel MARTINEZ
DEL CERRO.-A Euxenio Montes: por la dedicatoria de su "Estética de la muñeira" (1922): Adriano DEL VALLE.-
Exaltación del mediodía: ...más cierto que la luz del mediodía... S. J. de la Cruz: Juan RUIZ PEÑA.-Plenitud
ínea: José M.^a HERNANDEZ-RUBIO.-Pequeña antología de cosas sin importancia: (Roma: Incisos 1936): César
GONZALEZ-RUANO.-Nana: Ofrenda infantil: Francisco INFANTES FLORIDO.-Perfil dolorido de Bécquer: M. BA-
RROSO HERNANDEZ.-El muro (cuento): José SANZ Y DIAZ.-El Otoño del poeta: (continuación): Pedro MONTERO
GALVACHE.-José M.^a Pemán dirige un ensayo de ALFONSO LÓPEZ DE HARO.-Nota bibliográfica.-Nuestra voz
de Patria.

j e r e 2
1 9 3 7
II año triunfa
número 13

NUEVA INDUSTRIA JEREZANA

Fábrica de Cápsulas y Tubos Metálicos "SAN PEDRO"

CHACON y Compañía

Primera Fábrica Andaluza de Productos de Plomo y
Estaño, montada con los adelantos más modernos de
la técnica. - - - - -

Fábrica y Oficinas: Méndez Núñez, 8.-T. 1928

FOTO ARTÍSTICA

PANIAGUA

José Antonio Primo de Rivera, 47. JEREZ

MANUEL FERNANDEZ Y C.^A, S. L.

ESPECIALIDADES: AMONTILLADO VICTORIA :: COÑAC PLUS ULTRA
JEREZ QUINA DEL RAMO

JEREZ DE LA FRONTERA

DISPONIBLE

J. FIALLO

Trabajos fotográficos de to-
das clases.-La más visitada.
Taller para Aficionados.

Santa María, 15. JEREZ

E. RIVELOTT

Tapones CORONA

Precintaje en general

General Sánchez Mira, 25. JEREZ

DISPONIBLE

Nuestra página de honor

CANCIONES QUE HACE EL ALMA
en la íntima unión de Dios

¡Oh, llama de amor viva,
Que tiernamente hieres
De mi alma en el más profundo centro!
Pues ya no eres esquivia,
Acaba ya si quieres,
Rompe la tela de este dulce encuentro.

¡Oh, cauterio suave!
¡Oh, regalada llaga!
¡Oh, mano blanda! ¡Oh, toque delicado,
Que a vida eterna sabe,
Y toda deuda paga!
Matando, muerte en vida la has trocado.

¡Oh, lámparas de fuego,
En cuyos resplandores
Las profundas cavernas del sentido,
Que estaba oscuro y ciego,
Con extraños primores
Calor y luz dan junto a su querido!

¡Cuán manso y amoroso
Recuerdas en mi seno,
Donde secretamente solo moras:
Y en tu aspirar sabroso
De bien y gloria lleno
Cuán delicadamente me enamoras!

SAN JUAN DE LA CRUZ

Llama de Amor viva.

Ayuntamiento de Madrid

Jardín humanado

Aquella luz de las doce
sobre el silencio del campo.
Aquel jardín en su monte
sobre la ciudad y el llano.
Aquella blanca columna
y aquella glorieta en arcos...
Todo en tu voz y en tus ojos.
Todo en tí, ¡y entre mis brazos!

Los olivos dulcemente
subían los cabezos mansos
hacia invisibles contornos
de soledades y pájaros.
No era el ruido del mar
el viento en los pinos altos,
pero eran voces marinas
jugando a mar en los llanos.

A veces todo pendía
del trino claro de un pájaro.
El sol con su transparencia
profundizaba los campos.
La vasta distancia muda.
La savia dentro del árbol.
Todo en tu voz y en tus ojos.
Todo en tí... ¡y entre mis brazos!

JOAQUÍN ROMERO MURUBE

Sevilla.

Ayuntamiento de Madrid

BALADA

El pasó con otra.
¡Yo lo ví pasar!
Siempre dulce el viento
y el camino en paz.
¡Y estos ojos míseros
lo vieron pasar!

El va amando a otra
por la tierra en flor.
Ha abierto el espino,
pasó una canción.

¡Y él va con la otra
por la tierra en flor!
El besó a la otra
a orillas del mar.

Resbaló en las olas
la luna de azahar.

¡Y no untó mi sangre
la extensión del mar!
Y él besó a la otra
a orillas del mar.

El irá con otra
por la eternidad.
Habrá cielos dulces,
Dios quiere callar.
¡Y él será con otra
por la eternidad!

GABRIELA MISTRAL

...«¿Para qué amar las rosas?...
¿Para qué amar las cosas
si las cosas se van?...

J. M. P.

AMOR...

En el lago de ensueño de tus pupilas me vi una noche, y me creí con la hermosura de la flor del agua.

En mi garganta tenía cien perlas, y eran luceros mis pulseras y mi cinturón... Resplandecía mi frente más bella que la luna bajo la diadema de tus manos, y la brisa besaba mis cabellos... Yo los tendía en mis hombros para que fueran estela de oro en el claro diamante de tu mirada.

AMOR!...

En el lago de ensueño de tus pupilas me vi una noche, blanca como el armiño, desnuda como la flor, sólo ceñida mi carne por las lianas de tus brazos... Mi pureza, convertía en astros y rosas tu amor y tu deseo...

Tu voz traía aromas de primavera, fuego de nuevos soles, cantos de victoria, y... mi corazón se despertó al escucharte... Desde entonces, vela a la puerta de mi castillo!

AMOR!

¿Por qué caminos te fuiste?... ¿Qué caminos te volverán a mí?...

EVA CERVANTES

TU ERES PAZ EN MI ESPIRITU

Tú eres la paz. Vidente de alusiones
perfectas y rotundas
vas por la senda incógnita y rosada
ahuyentando las sombras de la muerte.
Ante el Sol de la tarde,
las estrellas se asoman impacientes
para decirte sus piropos todos;
los sauces se estremecen
y los mirtos te ponen en la frente
resplandores de risas y de oros.

SEBASTIÁN SOUVIRÓN

POEMA

¡Oh tormento indecible,
de no extinguirse nunca
esta agonía de siglos
que pesa en mi cerebro!
Esta lenta agonía
de mundo insatisfecho.

Y charlar y reir,
—ir y venir, ¡muñecos!—
y advertir en la hora
clara e insobornable del silencio,
en el fondo del alma
una infinita mueca de desprecio.

JUAN MIGUEL POMAR

Ayuntamiento de Madrid

Salmo

a Tí,

en tu estado de gracia.

En la quietud del aire y de la vida,
bajo el claro silencio de la fuente,
sobre la dulce paz de los caminos
sólo tu voz purísima.

Como una sombra
de angustia y de esperanza, tú, en la noche
de mi viejo dolor inconsolable,
me enseñaste a rezar a las estrellas
en tu estado de gracia.

A saber de otras horas y otros goces
más altos que los goces de la tierra.
A llenar de esperanza las heridas
de mi paso monótono y sombrío
por la vida callada.
Y a encender en las cruces de la firme
vereda de tu imagen,
una rosa de sol, bajo la sombra
del más hondo dolor de los humanos.

En la quietud del aire y de la vida,
el sagrado silencio de tu gracia
descendida del cielo,
ha puesto en mí su bálsamo de aurora
como un rozar de flores en mis llagas:
a través de tu voz se me han llenado
los párpados de lágrimas.

Y he sentido en la sombra de esta muerte
que me desgarró el alma,
dentro de mí, como un encendimiento,
sólo tu voz purísima.

FRANCISCO MONTERO GALVACHE

Ayuntamiento de Madrid

TIC-TAC

(De mi reloj)

Martillo de la vida
sobre el yunque del tiempo,
tic.....tac,
y cogida entre ambos
nuestra alma impalpable,
tic.....tac,
padece nuestro espíritu
la huella de los golpes
tic.....tac,
encalleciendo el ánimo,
arrugando el semblante.
tic.....tac.

RAMÓN GROSSO

Cádiz.

¡SER!

A don Eduardo Llorent con
todo respeto y cariño.

Llorent amigo...
¡Qué ansias de fluir y volar
en pos de una aurora vasta,
donde los términos mueran!

Llorent amigo...
¡Qué dulce emerger del alma,
efluvios de cantos nuevos
en corceles de esperanzas!

Llorent amigo...
Lo diáfano y un grito
de ¡Ser!, a mi espíritu alzan.

J. INFANTES FLORIDO

Sevilla.

RITORNELO

La noche de luna clara
la luna luna
te dió en la cara...

La luna luna,
luna lunera,
la luna luna
cascabelera,
se fué encelada
de ver tu cara
la noche aquella de Primavera.

JORGE VILLARIN

Hagamos una España...

Una España yo quiero igual que aquella España
que hace doscientos años se nos quedó dormida...
Una España perfecta y generosa, compendio
de constantes trabajos y supremas conquistas.

Una España, como ella, fecunda y bienhechora
y, como ella, odiada y combatida;
hecha con sueños de virtud y amores
y con rigor de esfuerzo y disciplina...

¡Capitanes de Flandes, marinos de Lepanto,
héroes y misioneros de las Indias,
maestros de Alcalá y de Salamanca,
pintores y escultores de Sevilla!...

¡Teólogos de Trento, artesanos del Escorial,
poetas que cantábais al Dios Eucaristía,
santos los que sentísteis y enseñábais
las leyes interiores de la mística!...

¡Todos los que gozásteis de aquel afán eterno,
todos los que sentísteis aquella inquieta vida,
dadnos vuestras espadas y vuestras claras plumas,
vuestra Fe, vuestro esfuerzo, vuestras rimas...
y venid con nosotros en afán de combate
a sentir nuestra empresa y a gozar nuestro día!...

Espanoles de hoy. Santos y mártires;
héroes de independencia y reconquista.
Espanoles de hoy. En el reloj del tiempo
la hora sonó de la inmortal consigna:
¡Hagamos una España como la España aquella
que hace doscientos años se nos quedó dormida!

MIGUEL MARTÍNEZ DEL CERRO

Ayuntamiento de Madrid

A EUXENIO MONTES

por la dedicatoria de
su «Estética de la muñeira»
(1922)

Euxenio Montes, mozo gaitero,
que traes orballo de tu país,
parvo repique sobre un pandero,
vientos forales sobre el maíz;

vientos que soplan nubes rosadas,
nubes que llevan múltiple fol,
entre Castilla y el mar infladas
bajo el mojado brazo del Sol...

Tus vacas rumian trébol y cielo
ante el establo primaveral;
tu lluvia irisa su contrapelo,
tu brisa es peine de azul cristal...

Euxenio Montes, así es tu prosa:
parcela de aire tierno y sutil;
das la mazorca junto a la rosa,
oro y estrellas lleva tu Sil...

ADRIANO DEL VALLE

Exaltación del mediodía

...más cierto que la luz del mediodía...

S. J. de la Cruz.

Yo:

La luz del patio dora

Su puerta.

Ya su voz

anuncia a su figura.

Risueña y embebida

En mis ojos, se acerca...

Novia:

¡Únete, corazón,

De un salto, con el suyo!

Yo:

¿Qué es lo que dá a su rostro

Resplandor, y hermosea

Su esbeltez, y realza

La gracia de su andar?

Novia:

¡Ser suya, aire que gire

En torno de su frente!

Yo:

En vuelo; alza, amor.

Novia:

¡Oh mediodía, abierto

Abanico de luz,

Infúndele en su sangre

Tu temblor misterioso!

Yo:

La blancura retorna

De la cal de las casas

A su ajustado traje.

Novia:

Ese ardoroso azul

Del cielo, ¡cómo alegre

El marchar presuroso,

Las ardientes miradas,

Las cruzadas sonrisas!

Yo:

¡Oh, siempre vas conmigo

O en mí, mi fé en la vida,

Mi musa creadora,

Pasión inigualable,

Ídolo mío, sol!

JUAN RUIZ PEÑA

PLENITUD IGNEA

¡Qué atardecer
Repleto
De besos
Y miradas,
En la orilla
Oro y plata
De soles y de agua...!
¡Mástiles
De veleros
Lanzados
Al aire
—Flechas
A la noche
Oculta en claridades—!
¡Qué deseos
De morir
En brazos
De la amante...!

.....

Fuego... en la tarde,
En la nube
Rosada,
En los mares...
¡Todo, ardiendo
Illicitudes...!
Quietud
Y movimiento.
Realidad. Ideales.
¡Qué... plenitud
De eternidades!

José M.^a HERNÁNDEZ-RUBIO

El Puerto.-1937.

PEQUEÑA ANTOLOGIA DE COSAS SIN IMPORTANCIA

(Roma: Incisos 1936)

Después de 1900

No merece la pena indignarse. Pero decididamente tampoco merece ya la pena indignar. Es demasiado aburrido.

Una tumba estética

La tumba de Shelley, en el cementerio de los ingleses de Roma, es una tumba que está de frac. Con este cielo azul, más prerrafaelista que clásico, la tumba de Shelley es, ya, un frac azul.

Un boxeador

He visto desenterrar el cadáver de un boxeador. Estaba muy correcto, pero todos notamos que se le habían olvidado los bíceps.

El público ideal

La suprema aspiración de un artista genial sería encontrar un público verdaderamente genial. A un público verdaderamente genial debe de ser una delicia engañarle.

La moda

Algo que no pasa de moda: la moda.

¿Algo más que no pasa de moda? El llanto por la moda entre la gente pobre.

La sensualidad

¿No es la sensualidad el derecho de gentes en la vida privada de la inteligencia?

Fotografías

—El Sol—le dijeron al chico—ha de estar siempre detrás del que hace la fotografía.

—Entonces—dijo el chico—dadme un espejo.

Sacher-Masoch

Más de una hora, frente al verde juego de la playa de Anzio, he pensado si dilatar el goce es una forma sutil del tormento o si dilatar el tormento es una forma sutil del goce.

Pensar, en esto, imaginándose ejemplos inocentes y clandestinos, más de una hora, es una forma—al menos—sutil y divertida de dilatar el aburrimiento.

Modos

(En las ruinas de Pompeya)

Escribí: Aquí se acuerda uno de aquello que se olvida siempre.

Taché y enmendé: Aquí se acuerda uno de aquello que no se olvida nunca.

Cocteau

A Jean Cocteau, peluquero terrible, timador del sueño del opio, primer premio de todas las exposiciones de independientes literarios... A Jean Cocteau, a quien después de leerle con gusto yo ahogaría en una jofaina llena de perfume barato, diciéndole:

—¡Canta ahora la internacional!...

A Jean Cocteau, yo he imaginado una dedicatoria así: «Juan, miserable genial: ¡muérete, cabrón! Te leeremos siempre. Que Dios tenga piedad de tus perfumes y tus polvos de arroz. Amén.»

CÉSAR GONZÁLEZ-RUANO

En Roma.

Ayuntamiento de Madrid

NANA

Que cesen los cánticos todos
en las leves campanas del viento.

Que mi niño duerme,
que se está durmiendo,
que abre la boquita
porque tiene sueño.

Yo le he hecho una cuna
de mis brazos tiernos
y le arrullo dulces
canciones de besos;
y él me dá suspiros
de caricias llenos.

Que cesen los cánticos todos
en las leves campanas del viento.

OFRENDA INFANTIL

¡Barquero!... ¡Barquero!... ¡No me oye!...

Cuando yo tenga un barco como aquel de grande, lo botaré: y rompiendo el espejo del cielo su quilla, llegaré al mar inmenso que está a la otra parte de aquellas montañas, y lo cargaré de sueño, que repartiré entre todos los niños que viven en el campo.

¡Qué alegría cuando me vean todos, erguido sobre la proa! Me mirarán con sus ojos cargados de interrogaciones y su alma trémula como las alas de los pájaros cuando quieren levantar el vuelo...

Y yo iré dejando en las manos de cada uno que levantarán calenturientas y aladas, grandes madejas blanquecinas como nubes de Otoño, que los envolverá a todos, e irán quedando profundamente dormidos.

La quilla seguirá surcando con la delicadeza del pez la superficie del agua, hasta perdersen entre las azules del mar y del cielo.

¡Barquero!... ¡Barquero!... ¡No me oye!... ¡lástima que los niños que viven en el campo, se queden sin sueño!

FRANCISCO INFANTES FLORIDO

Almadén de la Plata.

Ayuntamiento de Madrid

Perfil dolorido de Bécquer

Con la tarde, Tú, Bécquer.

Te siento. Eres un dios.

Bajo estos cielos arruinados de soles—lluvia, lluvia—llegas tú, Gustavo Adolfo, derramando rimas y rimas por las calles, por éstas calles verticales de fango, donde gaviotas políticas confunden los tratados económicos con el amor.

Te siento. Eres un dios. Un dios de calcomanía. De calcomanía grande—sí—que te copias de luces en todas las esquinas.

Llegas, exactamente, cuando mis venas piden versos y músicas. Tú eres mi vida y mi vida está en tí. ¡Qué bien tu perfil en éste sillón de cuero, mientras que un invierno loco se acerca sobre mi alma!

Por la ventana, se vá la tarde contigo. Tus estrellas se cuelgan en el último mar de mis sueños. Vienes, y te asomas a todos los ponientes con el ¡ay, ay! de mi cálido vendaval. Yo así lo siento.

Eres un dios, un Príncipe, o acaso un Rey. Ahora, ahora que las calles se llenan de uniformes, de mujeres quebradas, de gritos sin banderas.

Te siento. Eres un dios. Y como un dios, te llenas de pasados, de presentes y de futuros. De pasados, porque fuiste la única explicación del mundo; de presentes, porque eres estrellas sobre todos los ríos; de futuros, porque serás siempre tú—sol y sol—entre todos los muros.

Por la ventana, se vá la tarde contigo. Tú eres mi vida y mi vida está en tí. ¡Qué bien tu sangre y mi sangre, cuando la nostalgia sigue al pensamiento!

¡Deja que los pueblos se vistan de nuevo los domingos!

En éste triste aniversario de tu recuerdo, yo quiero vivir contigo. Yo no quiero saber si esos gritos que vienen de fuera circulan también en la sangre.

España, Huelva, y Bécquer. ¡Ese es mi mundo!

M. BARROSO HERNÁNDEZ

(Trabajo leído en el "Liceum Club Femenino" de Madrid, el 23 de febrero de 1936).

Ayuntamiento de Madrid

El muro

(CUENTO)

En el vestíbulo sombrío, la portera detuvo el ritmo perezoso de su escoba al paso del señor González. La buena mujer acostumbra a hacer su trabajo sin prisas, lentamente, con el fin de tener ocasión, entre ocho y doce de la mañana, de consagrar varios minutos a cada uno de los inquilinos. Conocedora experta de la rutina de su existencia y de las distintas psicologías de los vecinos, la portera se desvive por tenerles al corriente de las noticias que puedan, separadamente, interesarles.

El número 50 de la popular calle del Tribulete es una casa vieja del otro siglo, del tiempo en que Lavapiés tenía verbenas y castizos, mantones y organillos, música de Chueca y de Chapí, chulas garridas de Gil y Mon.

Hoy ha cambiado bastante el aspecto de estas manolascas barriadas. Los grandes inmuebles—pequeños rascacielos—van reemplazando a lo pintoresco de otros tiempos. Ya no quedan solares baldíos; solamente algunos islotes de viejas viviendas prometidas a la piqueta demoledora del Progreso.

La casa citada la habitan gentes calmosas, castizamente apegadas a lo tradicional, atónitas de ver que aún pueden subsistir en medio de tantas transformaciones profundas.

—¡Hola, señor González! Me alegro de verle. ¿Cómo está doña Clotilde? No le extrañe la pregunta; he visto que ha tenido usted una carta sellada en Molina de Aragón, y supongo que será de su hermana, la que allá reside.

—Efectivamente, así es. Veo que tiene usted talento de detective. Mi hermana está bien, muchas gracias,—contesta el aludido, iniciando la retirada.

—¡Oiga, señor González!,—y la buena portera, obsequiosa y prolija, hace sonar con dulzura la palabra «señor».—¿Es que conoce usted la noticia?

—¡No!

—¿Es posible? Pues escuche: se va a derribar el gran muro del patio, esa vieja pared que separa nuestra casa del 115 de la calle del Amparo. ¿Se extraña usted? ¡Pues es así! Los nuevos dueños del inmueble, los herederos del difunto señor Pérez Casas, se han puesto de acuerdo, y los trabajos de demolición empezarán mañana. ¡Alégrese, señor González! ¡Ese proyecto cambiará nuestro horizonte! La noticia sorprende al inquilino. En efecto, su limitado horizonte será modificado. Pero, ¿en qué forma y hasta qué punto? El se figura que al otro lado del viejo muro leproso habrá un patio idéntico, especie de agujero humilde, negro, sucio, repleto de ventanas absurdas, de cuerdas de ropa lavada, de gentes des-

conocidas, que en adelante formarán parte de su vida: de gritos, luces, canciones y siluetas. Un cinema siempre trepidante, quizá demasiado sonoro, en lugar del yeso gris y hendido del muro.

A nuestro hombre le tortura la idea, sin saber por qué, de ese futuro próximo y transformador. Hombre ordenado y rutinario, de espíritu mediocre, esta modificación significa para él un grave inconveniente. Esclavo de esta obsesión, anda como un autómatas en dirección a su oficina: ya en ella, le sigue punzando la noticia, presa entre los arponcillos de las interrogantes.

Veinte años lleva el señor González recorriendo el mismo trayecto, a la misma hora, cruzándose con los mismos rostros—que ya han llegado a serle familiares,—esclavo de un horario inmutable, prosaico, sin fantasía posible, y que, después de un entreacto de seis horas haciendo números y rayas en las columnas del DEBE y del HABER, le vuelve a llevar a su cuarto de soltero, a su casa, Tribulete 50, donde la soledad le envuelve de polvo y de manías.

—Sí—piensa el señor González en su despacho—; desaparecido el muro, tendré abierta la ventana de mi cuarto; mi soledad será menos sombría al vivir cerca de vecinos cuyas vidas me serán indiferentes.

Por la mañana, al despertarse, el buen contable vió sobre el viejo muro un obrero en peligroso equilibrio, considerando con perplejidad el trabajo a emprender. —¡Ya tienen para varias semanas!—pensó, ingenuamente, entre sueños, el consecuente burócrata.

Pero las piedras toscas, los cascotes menudos y el yeso pardo del muro desaparecen bajo las piquetas ágiles de un nuevo equipo de obreros. Cuando él regresa a la noche de la oficina, tras de haber comido en un restaurante modesto, la tarea está avanzadísima.

Al día siguiente la terminan, y otros obreros, para delimitar los dos patios, van colocando un enrejado bajo.

¡Cómo estas sencillas operaciones que acabamos de describir son capaces de transformar por sí solas una vida metódica, un orden mediocre, rigurosamente establecido!

* * *

El señor González se marcha a su despacho, y al regreso se apoya en el alféizar de la ventana, ganoso de sorprender los secretos de los vecinos revelados. Las luces coloreantes de pobres cortinas y de miserables persianas, se cierran sobre las fatigas que buscan la paz. Las voces, cansadas, suben y se topan con los cuplés que expiran.

La mañana vuelve al señor González a su puesto de observación. Un gato hace ya de esfinge tras de un geráneo endeble, raquífico y enfermo por falta de aire y de sol. Se adivinan cuerpos faltos de reposo, semblantes adormilados, gentes

que se visten con pereza, pasos acelerados de otras que se disponen a marchar. ¡Qué diferencia entre la fisonomía de la noche, plena de sombras, de misterio, de enigma, y esta de la mañana, bajo una luz cegadora, esplendente, cruel!

El segundo día nuestro burócrata cierra súbitamente la ventana y continúa su examen, escondido—cree él—tras la cortina. De pronto, exclama:

—Sí, es «ella»; ¡es Manuela López Abad! Hace veinticinco años... ¿Es posible que sea la misma de entonces? ¡«Ella», la mujer más hermosa de aquellos contornos, que fué reina de los Juegos Florales de Molina, en 1909! ¿Seré yo tan viejo? Y el infeliz burócrata va proyectando pasajes de la cinta oscura de su existencia sobre la pantalla luminosa de recuerdos. Primero, el viaje que hizo desde Madrid a su ciudad natal; su alegría exúbera, su emoción excesiva al ver a Manuela, aquélla hermosa vecina que él conoció de niña y que luego volvió a ver hecha ya una mujer espléndida.

Se *hicieron* novios; iban juntos a misa y a todas partes.

El buen hombre recuerda con emoción aquéllos dulces paseos por *La Alameda* y sobre las poéticas riberas del río Gallo; los juramentos cambiados de amor «eterno»; después, la dolorosa separación, las cartas renovando las promesas... Otro segundo viaje a Molina de Aragón, para afirmar los votos recíprocos. Una querella por una fruslería; un loco orgullo que les impidió rectificar las palabras agrias y ruines, pronunciadas inconscientemente en un disculpable momento de excitación nerviosa... Después, un olvido, un largo y triste olvido, un olvido de veinticinco años.

—¡Por fortuna no me ha visto! No quiero que me vea.

Una idea le asalta de súbito:

—¿Cómo y con quién vivirá? Vive sola, al parecer. ¡Es curiosísimo! Jamás nos hemos encontrado en estos barrios, en los que puede ser que *ella* viva desde hace largo tiempo. ¡Pobre Manuela! Nunca quise que me hablaran de su paradero. Da la impresión de que está cansada y aburrida. ¡Qué vieja está! Sus ojos incomparables, han perdido la luz; sus facciones, alegres y frescas antaño, se han tornado tristes y pringosas; su talle esbelto de palmera, se quebró al soplo implacable del tiempo... ¡Dios mío! ¿Por qué habrán destruido mi viejo muro, aquélla tapia querida que me preservaba de inútiles y tristes revelaciones? Yo no quiero que «ella» sepa de mi triste y solitaria existencia. Ya no podré asomarme a mi ventana, según pensé. ¡Desde hoy no se abrirá jamás!

* * *

En el patio vecino, desde aquél mismo día, otra ventana vive también inmutablemente cerrada.

JOSÉ SANZ Y DÍAZ

El Otoño del poeta

Novela corta por PEDRO MONTERO GALVACHE

(Continuación)

—¡Oh! No me lo perdono. ¡Pero qué falta de memoria, Dios mío! No hemos encargado que preparen habitación para mí. ¿Dónde voy a dormir? Vas a tener que cederme tu cama, Javier. Yo te improvisaré otra donde tu quieras. Ya has visto lo ingeniosa que soy.

—Te engañas, niña. En el palacio de Lis, hay habitaciones dispuestas para muchos huéspedes. Es costumbre vieja y española, que se observa aquí, como un rito.

Se puso de pié, y ofreció a Angelita su abrigo de nutria.

—Póntelo. Esos corredores son fríos, y estamos en plena madrugada.

Obedeció, murmurando con un dejo amargo de despecho:

—Vamos cuando quieras. Porque supongo me acompañarás hasta la puerta de mi cámara...

—¡Qué duda cabe! Con mucho gusto. Aunque está algo alejada de mis habitaciones, no tengo miedo. Si lo necesitas, llama, tirando del cordón que hay a la cabecera del lecho. Laura dormirá cerca.

Al abrir la puerta salediza a la vecina galería, les dió en el rostro una bocanada de aire húmedo; y un vaho de rosas, de cocaína y egipcios, inundó la galería inmensa, llena de sombras y estremecida de aullidos del viento y golpeteo rítmico, implacable, de lluvia.

XVI

Javier Benalgar, fué más galante y más caballero, que todos los caballeros galantes que la historia y la leyenda immortalizaron.

D. Juan, más que un conquistador, fué un «salteador», canalla y cínico; Bradomin, un loco erótico; Casanova, un aventurero, con mucho talento y ninguna espiritualidad, que hizo con frecuencia del amor, escabel de sus ambiciones.

Benalgar muy poeta, muy gran señor, muy artista, jamás subordinó el amor a ninguna clase de intereses bastardos. Al contrario. Para él, el amor lo significó todo, lo comprendió todo; y para calmar aquellas ansias amorosas que de adolescente le llenaban el alma de turbaciones misteriosas, de anhelos confusos; y ya de hombre, le hacían reír y llorar, sufrir y gozar; sentirse enormemente feliz y horriblemente desdichado, a un mismo tiempo y por los mismos motivos, no vaciló en sacrificar alegremente, vida y hacienda, honor, gloria, fuerza, salud. Sin embargo, convencido, como los filósofos de la antigüedad pagana, de que la Felicidad solo consiste en procurarse la mayor suma de sensaciones agradables, amó todos los placeres, gustó todos los vicios; subió al paraíso de todos los deleites; bajó al infierno de todas las dudas, de todas las curiosas y absurdas voluptuosidades; pero cuidando siempre que la intensidad del goce, no arrastrase consecuencias desastrosas para su capacidad de amar.

En una palabra: con un refinamiento exquisito, con un sibaritismo ponderado y ecuánime, acertó a «administrarse» sabiamente. Su fortuna inmensa, su gloria de gran poeta; su figura, arrogante y próspera; su belleza, justa, armoniosa, de dios muy humano, o de hombre, «un poco endiosado»; su simpatía irresistible; sus dotes envidiables de mundano, seductor y elegante, no tuvieron para él más que un valor: el de servir de peldaños para llegar a la cima, donde el placer le aguardaba como una recompensa suprema, como una meta, codiciada y única.

Por eso, no quiso nunca enamorarse de una vez y para siempre. Sabía, que en esas pasiones

grandes, absorbentes, que llenan toda una vida a la exaltación de los periodos álgidos, sucede, indefectiblemente, la paz, la calma, de los cariños familiares, hogareños; y él prefirió siempre, a esa quietud bonachona y gris, de la carne en sosiego, la inquietud incesante, el desvelo, el torcedor, angustioso y divino, de nuevas aventuras, de otros amores, que mantuvieran encendida, constantemente, en su espíritu y su cuerpo, la hoguera deliciosa del deseo. Por eso también, cuando comprendía que en alguna aventura podía ir demasiado lejos, podía comprometer su feroz independencia, se apresuraba a romper los lazos.

—Es un egoísta, un salvaje— decían, furiosas, las despechadas. No quiere a nadie. No es capaz de amar nada que no sea él mismo.

En su ceguera, en su rabia, las pobres ignoraban, que era precisamente el horror al hastío, el miedo a la desaparición del amor, el móvil que impulsaba al poeta a consumir la ruptura. Porque después de rotos los lazos, en el alma de Benalgar, quedaban flotando, como jirones de nubes, dulces añoranzas, inefables melancolias, que, en muchos casos, le producían un goce más vivo, que la misma posesión material. Una flor seca, guardada entre las páginas de una novela; una fotografía, con una simple fecha, sin dedicatoria alguna; una carta, escrita en ese lenguaje cabalístico, que más que decir, deja adivinar a los «iniciados»... levantaban en él, el rumor augusto de los placeres que fueron, con tanta intensidad, con tanta fuerza, que a veces, el goce cerebral provocado por el recuerdo, era incomparablemente superior a cuantos goces le hizo sentir la persona a quien debía la flor, la fotografía, la carta... Así le ocurrió con Angelita. Con la diferencia de que las otras mujeres, cuando Javier, con su aparente glacialidad de gran señor, daba por finadas las relaciones, se entregaban a la desesperación, le increpaban, le maldecían, soñaban proyectos necios de venganza; y después, pasado algún tiempo, cuando surgía «otro» en su camino, se olvidaban de él, con una facilidad desconcertante. Y con Angelita no sucedió lo de siempre. Cuando comprendió que Benalgar se cansaba de ella, silenciosa, discreta, se alejó, con el pretexto de unos contratos que le llamaban a actuar en los principales teatros de Italia y Alemania... Durante aquel invierno, ni siquiera escribió a Benalgar. Tenía noticias suyas, a través de la prensa, de las cartas que recibía de algunos amigos de España.

Llegado el verano, emprendió un largo viaje por las playas de Alemania y Bélgica. A distancia, escudada en un anónimo absoluto, seguía las andanzas de Javier, espía la ocasión propicia. Tardó mucho en presentarse, pero a fines de Septiembre, Angelita supo que el poeta vivía solo, en una casita de las afueras de Ostende; una casita blanca, chiquita, rodeada de un jardín minúsculo, en lo alto de un cerro, en medio de una vasta playa desierta. Sufría Benalgar entonces, uno de aquellos accesos de melancolía, que le obligaban a abandonar la sociedad, para abismarse en la dulzura de la soledad.

En aquellas crisis terribles, solía sepultarse en una Cartuja; en cualquiera de sus fincas; o simplemente, como ahora, en un rincón desierto.

Angelita fué a buscarle y aunque no le habló de reanudar el viejo idilio, le envolvió en la red de sus zalamerías y sus caricias. Luchaba con las mismas armas de Benalgar, y como estaba formidablemente enamorada, le venció pronto. De Ostende, pasaron a Baden-Baden, y de aquí, atravesando Polonia, a Rusia, Persia y la India. Fué una excursión encantadora, de la que volvieron, rendidos, a descansar en un pazo que Javier poseía en el corazón de la provincia de Pontevedra. Tornaron a separarse, a unirse y a separarse de nuevo.

Cuando se conocieron, Javier tenía treinta y dos años, y estaba en la cumbre de su fama; ella, era algo más joven, y como él, se hallaba en el apogeo de sus triunfos de artista, y de su hermosura. Una hermosura soberbia, sana, equilibrada.

Lo mismo que Benalgar, era sentimental, refinada, muy ducha en las sutilezas y las exquisiteces de todas las decadencias; y a despecho de las alternativas neuróticas de él, se amaron con una pasión exaltada y sanguínea, gloriosa y constante.

Muchos años después de conocerse, Angelita solía decirle en sus trasportes:

—Yo no he querido a nadie más que a tí, Javier. Antes de conocernos, te deseaba, te presentía. Eras para mí, como una de esas sombras que vemos en los sueños; y luego, nos persiguen siempre, siempre, cuando el sueño acaba y lo olvidamos. Y después de conocernos, solo en tí he pensado, porque aún al darme a otros, mi corazón y mi cerebro, fundidos, iban hacia tí...

XVII

—¡Ah! ¿Pero tu crees en el amor?

La ingénua y bárbara pregunta, había sido hecha por Angelita, en ese tono apagado de las confidencias amables con que la artista se esforzaba en despertar en el alma de Javier, la pasión gloriosa de otros tiempos. En el parque, cantaban los pájaros, alborozados por la dulce caricia del Sol, como en los días felices de la Primavera andaluza, y en el verde misterio del bosque, rezaban, incansables, las fuentes, su eterna romanza de viejos amores... Angelita, sentada en el banco de azulejos morunos, tendidos los pies hacia el rayo de Sol, filtrado a través de una acacia, apoyada la cabeza en un hombro del poeta, escuchaba, la confesión del aristócrata, con una mueca burlona en los bellos labios, con una lucecilla traviesa y reidora, en el fondo de las pupilas.

No creía en aquella pasión absorbente y casta, voraz y redentora, de la que con tanto fuego hablaba Benalgar. Ella le había visto muchas veces, así de enamorado; ciego, loco amargado por la ilusión y el deseo. ¡Qué poco duraban aquellas vehemencias! Bastaba que la mujer se rindiera a los halagos, al dinero o a la fama del poeta, para que la ilusión se extinguiera, y el deseo se enfriara.

La artista le había visto muchas veces así de enamorado, solo que ahora, él insistía, con acento dolorido, conteniendo las lágrimas, que humedecían sus ojos verdes:

—No, Angelita. No te burles con esa crueldad. Yo he amado a muchas mujeres, pero a ninguna como a Mari-Sol. «Esto» que siento por ella, no es lo que sentí por las otras...

—¿Ni siquiera lo sentistes por mí?—cortó con un dejo triste de coquetería.

—Ni aún por tí. Perdóname, nena. Tú sabes cuanto te he querido, y como te quiero todavía. Más, infinitamente más que a todas las que traté antes de conocerte. No sé cómo explicarte... Para mí, Mari-Sol, no significa el triunfo de la carne; la perfección de la forma; la realización de todos mis sueños de artista. Todo eso lo eres tu, y lo fueron otras. Mari-Sol, es para mí, todo eso, y además, la paz, la quietud, el sosiego del espíritu. ¿Vas comprendiendo? Ella, riendo, intentó bromear:

(Se continuará)

NUESTRA VOZ DE PATRIA

Como los Caudillos legendarios que fueron Luz y Símbolo de las muchedumbres creyentes y místicas, en los siglos lejanos y heroicos de las Grandes Cruzadas Religiosas, **FRANCO** abre paso con la Espada, al Imperio de la Cruz y la Cultura.

En esta Hora Sagrada, en que la Voz augusta de los muertos canta, con Himnos de Eternidad, el triunfo de los Yugos y las Flechas, lancemos a lo alto, con empuje de vidas desgarradas, nuestro Grito de Paz y de Siembra.

Por la voluntad de **FRANCO: ¡ARRIBA ESPAÑA!**



JOSÉ M.ª PEMÁN DIRIGE UN ENSAYO DE ALMONEDA

NOTA BIBLIOGRÁFICA

Hemos comenzado a recibir, como intercambio, los diarios: «El Faro», de Vigo; «El Alcázar», de Toledo; «La Gaceta Regional», de Salamanca y otros. A todos, muchas gracias.

NUESTRA ORACIÓN

En la Cruz de los Caídos—Flecha vertical que hiere la Guardia Impasible de los muertos para el mundo—, nuestra mejor oración emocionada:

Tú, Señor, que sabes de este sabor de sangre, purifica nuestra intención y haz que florezca pronto en nosotros, la vida alegre y recta del Imperio, para el honor de Ellos que lo dieron todo, Señor, llenando de rosas el más duro camino.

Y que esas altas estrellas, florecidas sobre el silencio de los ríos y de los campos, descendan a las frentes de los héroes para poner en ellas, con claro temblor de auras inmortales, la voz de los que hicieron para siempre el relevo divino.

Será entonces, Señor, cuando todos rezaremos, frente al paisaje de la Patria en sangre y carne viva, nuestra mejor y más encendida plegaria.

NUESTRA VOZ DE PATRIA

En la cumbre del Estado—Cima de perfección y austeridad—un nombre esclarecido, puro, intacto: FRANCO, CAUDILLO Y SALVADOR DE ESPAÑA.

En las heridas de los Héroes, la flor eterna de nuestro más sano y definitivo propósito: La Gloria de la Patria, a través de nuestro sacrificio y de nuestra virtud.

Talleres Tipográficos

M. MARTIN

José L. Díez, 7. - Telf. 1259. - Jerez

Encargando sus trabajos a estos talleres, quedará Vd. satisfecho de la calidad y economía que encontrará en los mismos

Yo la he bebío,
la mejón manzanilla
y iolé!,
la de «El Rocío».

Yo la he bebío,
la mejón manzanilla
y iolé!,
la de «El Rocío».

Viuda de R. Manjón

Sanlúcar de Barrameda

Esencias y Productos Enológicos

“LUQUE”

GENERAL SÁNCHEZ MIRA, NÚM. 14.

TELÉFONO NÚM. 1736

JEREZ DE LA FRONTERA

